

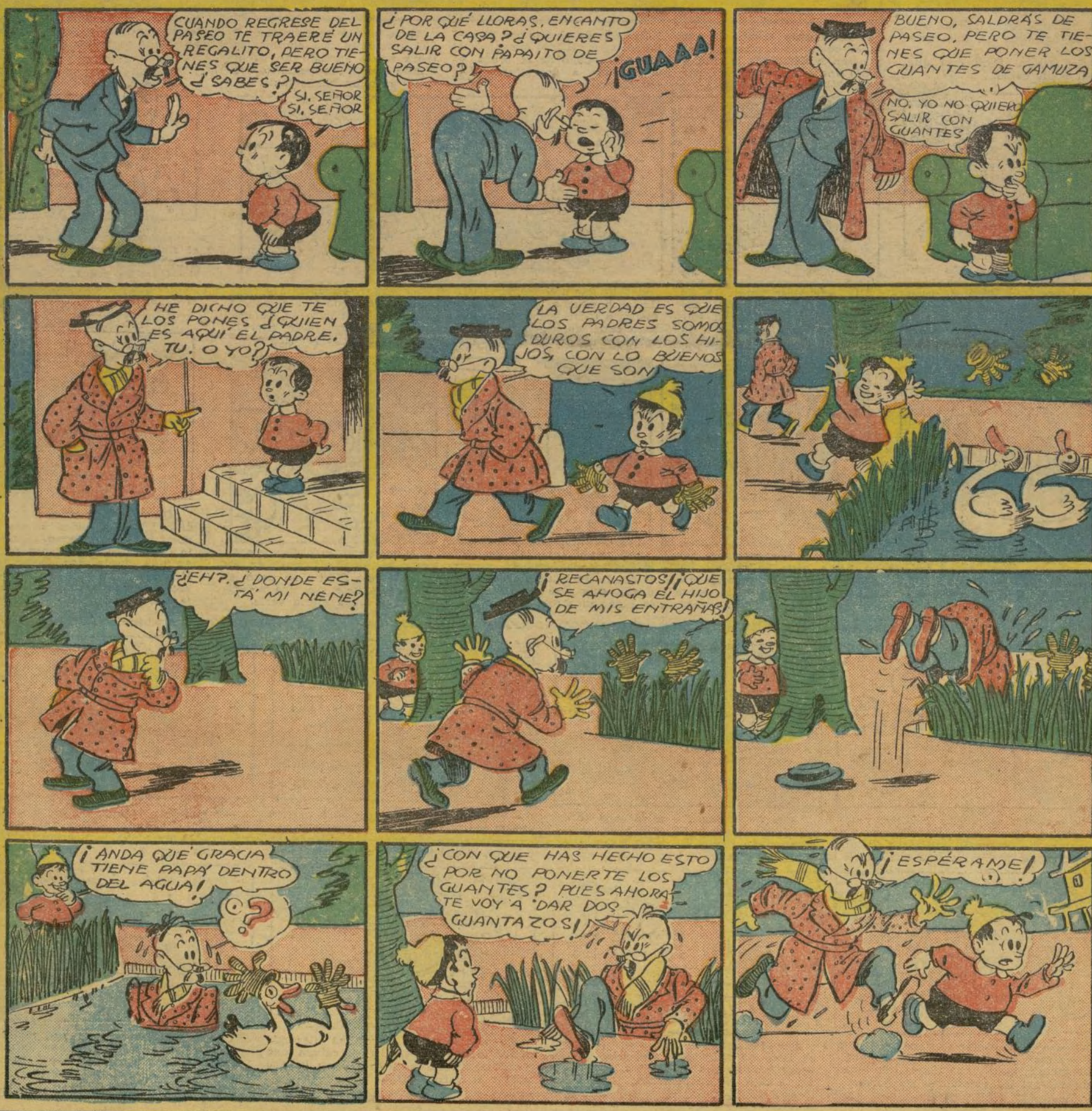


AÑO VI.—NUM. 311

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

25 de abril de 1935

EL SEÑOR NICOMEDES SALE DE PASEO



PASATIEMPOS



Poncito está entrenándose para exhibirse en el circo andando sobre alfileres en punta, ocasión que ha aprovechado la simpática Asunción Morgado para hacer esta tontería de dibujo que nos envía desde La Palma del Condado (Huelva). ¡Te has ganado la palma, chavala!



—¿No sabe usted que las cartas se entregan en una bandeja?
—Sí, señora. Pero creí que usted no lo sabía.



"Marcial". ¡Eres el más grande, Juanito! Este natural no hay quien lo mejore. A pesar de ser de Manzanares, provincia de Ciudad Real, no se te nota que seas de La Mancha, pues tu dibujo no puede estar más limpio.



—Oiga, camarero; hay una mosca en el fondo de mi taza. ¿Qué significa esto?
—No sé, señor. Yo soy camarero, pero no adivino.

"MIKITO" Y EL BOMBERO



A Mikito todo se le volvía hacer gimnasia, más o menos sueca, pues tenía un frío, que lo vende a diecito el grado bajo cero y se hace de oro.



Cuando más entusiasmado estaba vió un cubo colgado, en el que supuso habría sus buenos tizoncitos, y dejando los resoplidos y las flexiones...



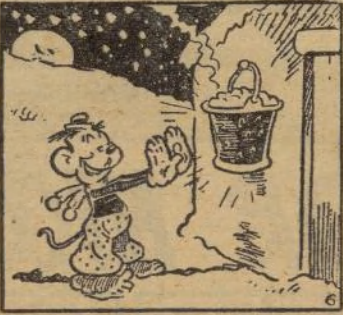
se dirigió al sitio en que esperaba hallar aquel calorcillo de que tan necesitado estaba. Al poco tiempo de esperar en vano...



se dió cuenta Mikito de que aquel cubo tenía menos calor que una horchata de chufas, y le dió una soberbia patada, por fresco.



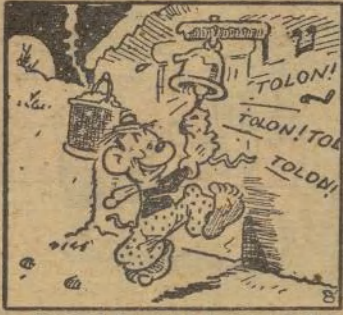
Después de chutar con el cubo del agua, Mikito encontró el verdadero cubo de la brasa, y se dispuso a desquitarse del planchazo.



Ahora sí que iba de veras. ¡Y qué rescoldito tan confortable tenía aquel encanto de cubo! Mikito estaba tan contento, que hasta hizo un chiste malo.



Dijo que él se parecía a un matemático en que sabía "elevar al cubo". Puesto en este plan, no se le podía ocurrir ya nada bueno, y así fué que...



decidió dar una broma al jefe de los bomberos. Para ello, comenzó a tocar la campana que, para casos de urgencia, estaba colocada a la puerta del parque.



El señor Hipopótamez, que era un jefe consciente, acudió presuroso a la llamada, haciendo que Mikito fuese tras la puerta a oler la pared.



El infeliz Hipopótamez, que no había visto el cambio del cubo del agua por el de las brasas, se dirigió a éste, mientras un bomberito sacaba la manga.



¡Mi remota abuela! Exclamó el desdichado bombero mayor. Y dando un salto, arrojó el ardoroso cubo y se llevó a la boca la mano más tostada.

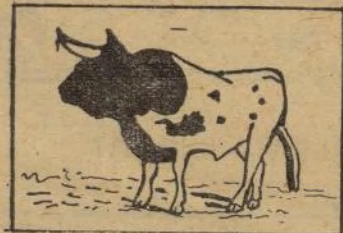


Mientras un subordinado aplicaba la manga a la nariz de Hipopótamez, Mikito se daba el gran banquete, con una voracidad que daba gloria verle.

AMENIDADES



—Ayer te puse una lima en el pan.
—¡Atiza! Pues entonces me la he comido.



Este torito estaba desmandado en tierras de Galicia, pero el niño Angelito Preciado Rodríguez logró capturarlo en Marín (Pontevedra), y nos envía la preciosidad de retrato que le ha hecho a plumilla, para que le publiquemos, y sepa su dueño dónde se halla.



—Cuando termines de jugar al fútbol, te lavarás, ¿verdad, nene?
—¿Qué no, señor. Yo soy tan limpio que me da pena ensuciar el agua.



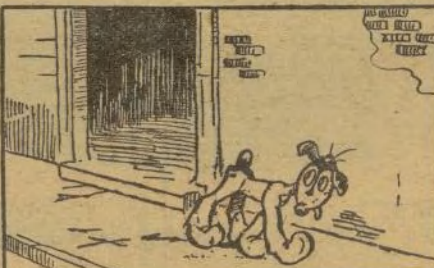
¿Que en Soria no hay holandesas? Sí, sí. Eso creíamos nosotros, pero el gran dibujante Celso San Miguel nos manda una desde San Pedro de Manrique, sin pretender darnosla con queso, sino solamente con mantequilla.

EL PERRITO VAGABUNDO

Ya conocéis al perrito Pelanas, y sabéis sus aficiones culinarias. No es que guise; es que come lo que otros guisan. Veamos cómo se ingenia para conseguirlo.



—Vaya, ya va a dar comienzo el festín. "Pelanas", a ver cómo te portas—monologaba el can—, que tienes que birlar limpiamente los succulentos manjares.



"Allá va "Pelanas"—quién sabe dónde va." Desde luego, irá pensando, como siempre, en llenar la panza a costa de cualquier incauto.



Aquí fué donde el tragón de "Pelanas" se llevó un respetable planchazo. Aquel señor gordote era un músico, y el maletín la caja del instrumento.



—Ya encontré uno—pensó el perrito viendo pasar a un señor muy gordo con un maletín en la mano—. Espérate un poquito, "Pelanas", y sígueme.



En esto llegó "El Persianas" llevando sobre lo que él llamaba su cabeza una bandeja. Su afición a la música le hizo perder el oloroso pastel.



—Y que éste debe de comer de lo lindo—decía el perrito—. Así tiene la barriga, que es un globo verbenero. Cautela, "Pelanas", que aquí te "hinchas".



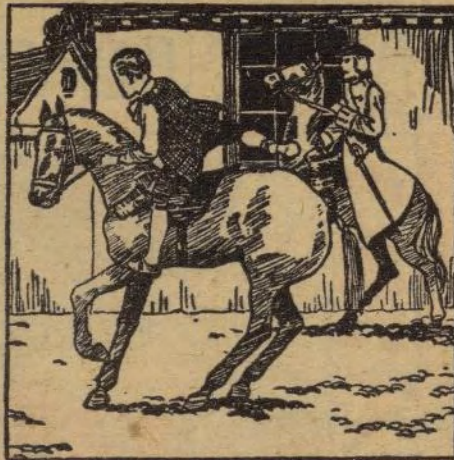
Con el que huyó "Pelanas", mientras pensaba que no hay nada como la música. Es un regalo para el oído y en ocasiones también para el estómago.



Resumen de lo publicado: Sir Roger Waverly intenta apoderarse de la fortuna de su hermano gemelo, sir Jorge; pero se lo impiden Tomás, un huérfano empleado de la Posada del "Búho Blanco", y Anita, la pupila del posadero. Sir Jorge y los muchachos son encerrados por sir Roger en una habitación secreta. Tomás huye, y ante unos soldados acusa a sir Roger de tener prisionero a su hermano.



Viéndose perdido, sir Roger se abalanzó contra el jefe de los guardias, lo derribó del caballo, montó él rápidamente, y, picando espuelas, se alejó a galope tendido. "¡Detenedlo!", gritó Tomás enardecido, al ver que huía el felón.



Cuando el jefe de la fuerza se hubo repuesto del golpe, sir Roger ya había desaparecido. Pero Tomás había obrado con mayor celeridad, y montando en otro caballo ordenó a los soldados que le siguieran. Había que coger a sir Roger.



Anhelante y al frente de los guardias, Tomás se lanzó a campo traviesa en persecución del fugitivo. Súbitamente se detuvo, y dirigiéndose a los soldados les dijo: "Seguid vosotros. Yo voy a cortar la fuga por un atajo".



Conocía él palmo a palmo aquellos lugares y tomó un sendero más corto que desembocaba en el camino tomado por sir Roger. "No se escapará", murmuraba mientras espoleaba a su corcel a través del páramo desierto.



Después de un buen rato de duro galopar llegó a un paraje cubierto de espesos matorrales, por donde había de pasar sir Roger. Desmontó, púsose alerta, y momentos después llegó a sus oídos el rumor de un caballo que se acercaba.



No tardó en aparecer la siniestra figura de sir Roger, inclinada sobre el cuello de su caballo, que volaba como el viento. Una idea desesperada dominó al muchacho. Apretó los dientes, midió la distancia y se lanzó sobre el jinete.



El salto fué preciso, y nuestro héroe, con ímpetu violento, fué a caer sobre las espaldas del desalado jinete, que, sorprendido en su fuga, no pudo conservar el equilibrio y cayó pesadamente en tierra, arrastrando en su caída a su agresor.



En su caída arrastró a Tomás, y al punto ambos estuvieron enzarzados en una lucha desigual y desesperada. Sus cuerpos rodaron confusamente por el suelo y el ruido de los golpes y el jadear de sus esfuerzos resonaba en el silencioso páramo.



Pero era fatal que Tomás sucumbiese a la fuerza superior de su corpulento adversario. Cuando sir Roger le tuvo sujeto bajo su cuerpo, sacó una pistola y le dijo, apuntándole: "Insensato. No volverás a atravesarte en mi camino". (Continuará.)

FLORINDO y Los LADRONES

En los remotos tiempos de la Edad Media vivía en cierto castillo un señor feudal famoso por su poderío y riqueza. Tenía este caballero dos hijos. El uno, dado a las lides guerreras, y el otro, por el contrario, amante de la vida placida del castillo entre músicas, juegos y romances de leyendas.

Por aquel entonces sucedía con frecuen-



cia que los dominios de don Nuño—asi se llamaba el señor—eran invadidos por una partida de bandidos que, saqueando haciendas y robando ganados, tenían en

continuo sobresalto a los sencillos labradores del feudo.

Estos, cansados de ver cómo se perdía el fruto de su trabajo, decidieron un día acudir a su señor en demanda de protección.

Grande fué el contento que recibió César, el belicoso hijo de don Nuño, al ver que se le presentaba una oportunidad de realizar la ilusión que tanto tiempo acariciara: manejar las armas, en cuyo arte él se sabía muy diestro.

Después de escuchar las quejas de sus vasallos, don Nuño accedió al deseo de su hijo César de ponerse al frente de las tropas y acabar con aquellas incursiones. Pero antes de partir los guerreros a esta empresa quiso don Nuño saber qué opinaba su otro hijo.

Mandó, pues, llamar al pacífico y dulce Florindo, que, abandonando versos, juegos y músicas, acudió a presencia de su padre.

Mucho se extrañó el doncel al ver aquella Asamblea de vasallos y guerreros, delante de la cual se alzaba con orgullo la frente altiva de César.

"Tu hermano va a partir—comenzó el prudente don Nuño—al mando de mis guerreros a dar término a las fechorías de unos ladrones que, amparados por las sombras de la noche, sorprenden a mis vasallos y, robando sus ganados y asaltando sus viviendas, los dejan poco a poco en la miseria. Mas antes quiero saber de ti qué harías si estuvieras en el puesto de tu hermano".

Tras breves momentos de meditación, Florindo rompió el silencio con estas palabras:

"Don Nuño, padre y señor: Dadme un plazo de unos días, y todo lo arreglaré. César, mi hermano, no desnudes tu acero. No es necesario matar; y vosotros, vasallos, obedecedme."

Don Nuño, muy gustoso, concedió a su hijo el plazo pedido.

Ya que las rapacerías sólo de noche tenían lugar, Florindo ordenó que, terminadas las faenas, los campesinos abandonaran sus hogares y no dejaran en ellos sino los aperos de labranza y toda

clase de útiles y herramientas de trabajo.

Así lo hicieron aquel día los pacíficos labriegos. Llegó la noche, y escondidos en los bosques, vieron cómo iban llegando los desalmados ladrones dispuestos a

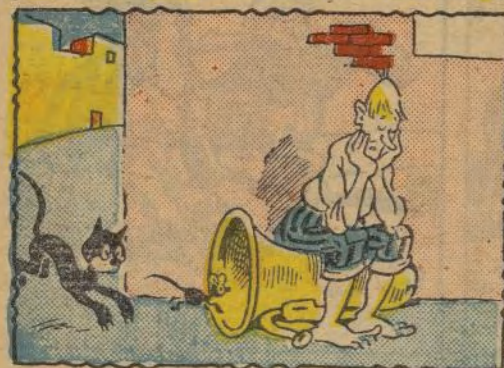


robarlo todo. Mas esta vez no lograron su propósito. Como aborrecían el trabajo, no quisieron apropiarse de objetos cuyo empleo habría de obligarles al trabajo que tanto odiaban; y tuvieron que marcharse malhumorados. Así una noche, y otra, y otra...

Hasta que se alejaron definitivamente, dejando en paz para siempre a los laboriosos aldeanos, que no cesaban de admirar el ingenio de Florindo.

FIN

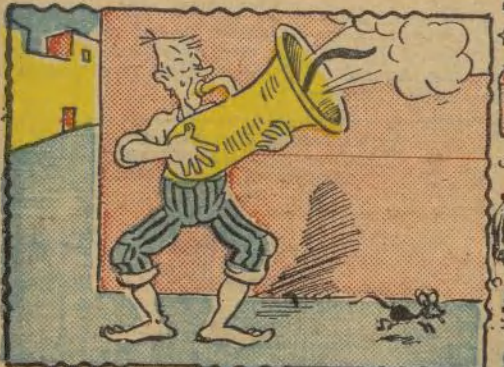
CASCARILLA ES UNA ARDILLA



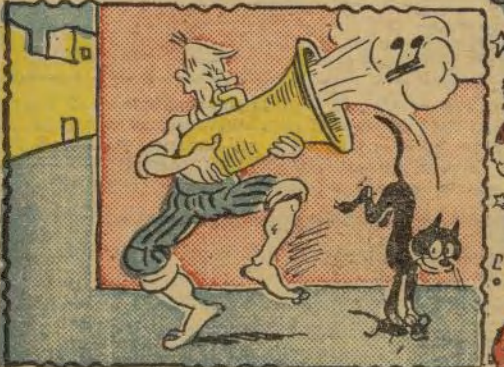
Cascarilla está sin colocación, y por no morirse de hambre se dedica a músico ambulante. Agotadas sus



fuerzas por falta de alimentación se quedó dormido sentado en su instrumento. En esto, un ratoncillo que ve-



nia huyendo de un gato, se metió dentro del bombardino. El gato, ciego en su persecución, hizo lo mismo, pero su



tamaño no le permitió salir por la boquilla, como hizo el ratón, y cuando Cascarilla dió un fuerte resoplido, salió despedido el gato.



Don Fielato estaba muy malito y el médico le recomendó reposo absoluto; ni un grito, ni un ruido, ni una voz—recomendó el galeno.

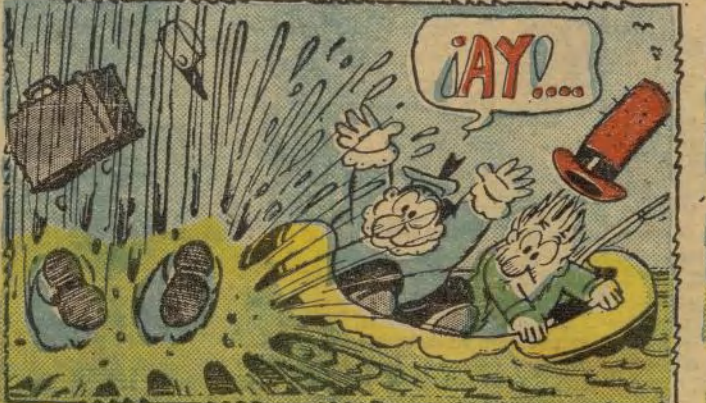
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Pérez Uso, el errante aventurero, comunicó al capitán que aquél mismo día levantaba el vuelo con rumbo al Africa, donde pensaba encontrar una mina de brillantes del tamaño de melones. Terre-Moto rogó que le llevara con él.



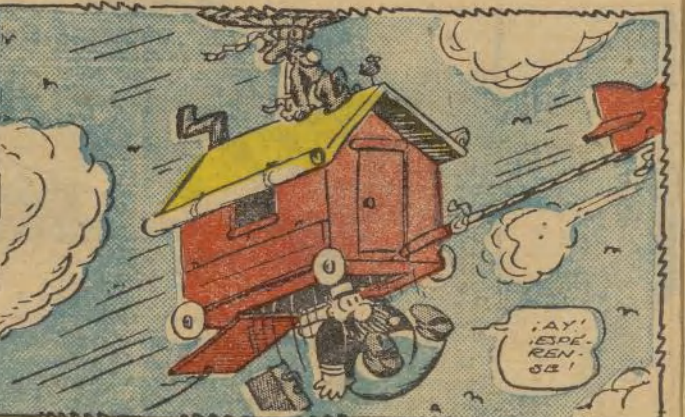
Y no era menudo hilo el que le retenía a la isla. Era toda una señora y respetable cuerda: la de la cometa de los pilluelos, que la habían atado a la base de la casa móvil ya hemos dicho que con fines siniestros.



Pero menudo pececito acababa de caer a medio metro de ellos. ¡Mil bombas y todas esas cosas que se dicen!, aquello era ya un señor barbo con toda la barba: "¡Socorro!", clamaron los pescadores creyendo que había caído una estrella.



El capitán quería abandonar la isla, pues ya estaba harto de la vida que llevaba allí, y su deseo era correr mundo. Sigilosamente hizo su maleta, y dos horas después se presentaba dispuesto a partir, pues ya le esperaban.



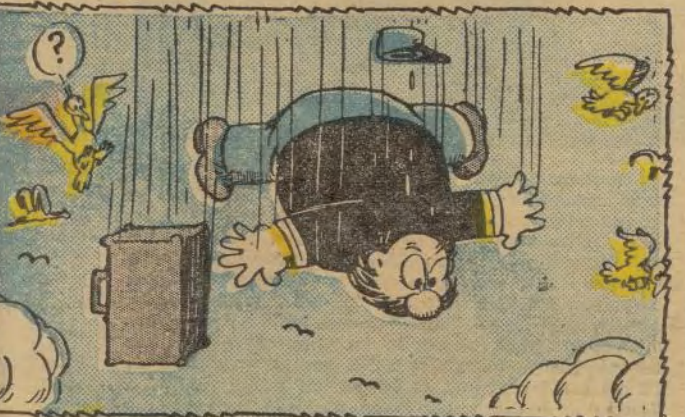
Y en el instante en que el desventurado capitán se mordía la suela de la bota izquierda, que era en él la mayor señal de regocijo, el suelo se abrió a sus pies y comenzó el descenso trágico, que iba a ser sonado.



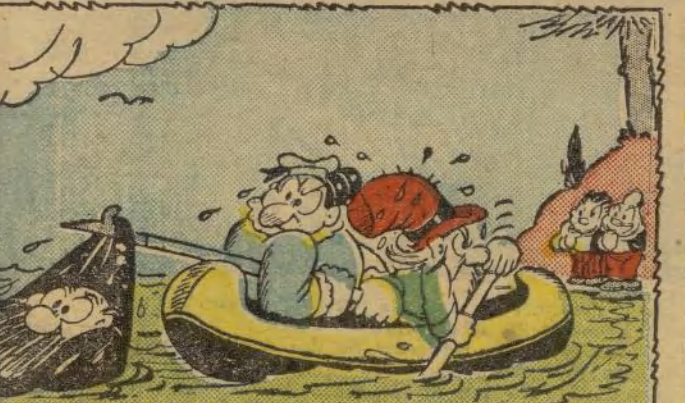
Pero la estrella comenzó a respirar como una foca y a sacar unas manazas que parecían dos libretas, y mamá Tecla comenzó a comprender lo que había ocurrido, pues distinguió la maleta, el aeroplano y... ¡la que se iba a armar!



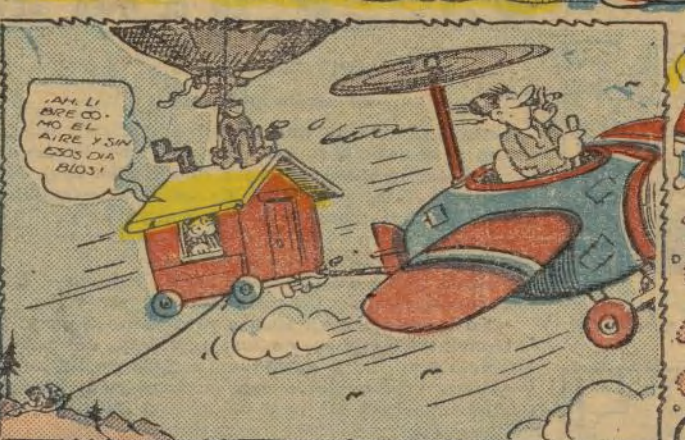
Pero Tarugo y Perdigon habían avizorado la faena y se dispusieron a chafar el viaje al capitán; a tal efecto, y con intenciones siniestras, Perdigon se coló debajo de la casa móvil segundos antes de que ésta despegase.



Terre-Moto no comprendió lo que había pasado. Solamente vió debajo de sus narices la tierra y el mar, y comprendió, pero que muy claramente, que en el choque se iban a romper, o la tierra o sus narices, una de dos.



Mamá Tecla, al darse cuenta de que había querido abandonarla, rugió como una leona con dolor de estómago, y atizando un remazo a Barba Cana para que apretase la marcha cazó a Terre-Moto con un bichero, y le remolcó.



Pérez Uso, Tizón y Terre-Moto, cantaban oreados por el fresco de las nubes: "¡Oh, qué hermoso es el viajar y el volar; oh, oh, oh!" Y después del canto, el capitán resumió su alegría con esta frase: "Adiós, isla maldita; ya ni un solo hilo me retiene a ti".



Y mientras tanto, mamá Tecla había salido con Barba-Caná, que le había jurado cazar un barbo con bigote y perilla; y mamá Tecla, que era más delicada que un manojo de hortigas, no podía resistir el suplicio de que matasen a los pececitos.



La historia cuenta el martirio a que fué sometido el capitán por su intento de escapatoria. Mamá Tecla le condenó a partir astillas hasta el invierno. Pero el capitán rumiaba la idea de huir de aquella isla, que odiaba. (Continuará)

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo salió de campo bien equipado y bien repleta la mochila de merienda. Indeciso por qué dirección ha-



bía de tomar, se recostó en una alambrada para consultar el plano, cuando un chico se le acercó pidiéndole li-



mosna. Repollo no le hizo caso, y al emprender de nuevo la marcha, se le enganchó la mochila en los pinchos

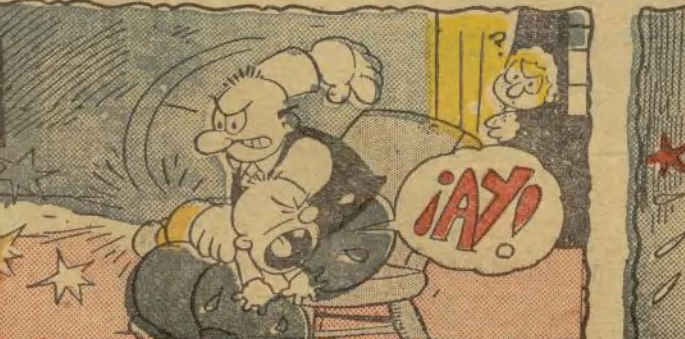
Risa para la semana con "Laura" la charlatana



El enfermo se disponía a cumplir la orden del médico, cuando Laura comenzó a escandalizar, y don Fielato la puso de patitas en la "rue".



A Fielatito le sentó muy mal aquello, y abriendo una boca como una sombrerera, se lió a dar berridos: "Que me tlaigan a laula!". "¡Que me la tlaigan!"



¡Rayos, truenos, relámpagos y centellas! rugió don Fielato atizándole "yesca" al nene; ¿pero es que no vais a dejarme reposar, bandidos?



A los gritos del Fielatito vapuleado acudió doña Fielata, que comenzó a increpar a su esposo: "¿Por qué pegas al nene, animal, berzotas?"



Y don Fielato caló el chambergo, requirió el abrigo y salióse al paseo público en busca de un banco donde pasar la noche sin gritos.

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Don Simplón había tomado mucho cariño al bestia del nene y viendo el afecto que éste y Dinamita se profesaban, decidió adoptarle bautizándole con el nombre de Telesforo.



Contando con la sorpresa y el asombro de Telesforo cuando viera su casa, don Simplón llevó al niño a su domicilio, y el nene quedó maravillado ante la suntuosidad del piso.



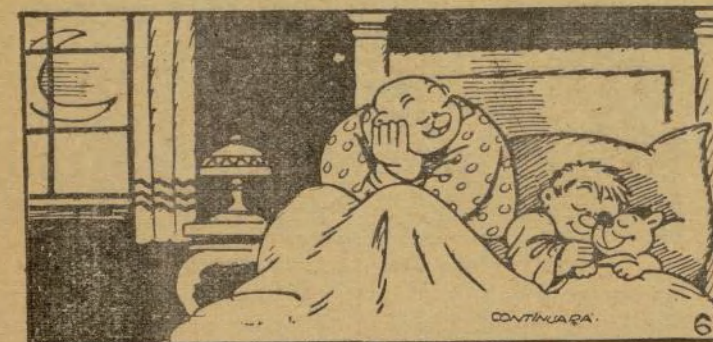
El nene tenía seis años, y hacía cinco años y once meses que no se bañaba; como don Simplón era un hombre limpio y ordenado, hizo bañar al nene, bañándose también él y "Dinamita".



A Telesforo le había caído en gracia todo aquello, y se encontraba como el pez en el lago; "Dinamita" era feliz con su nuevo amigo, con el que no paraba de jugar un momento.



Don Simplón comprendió que había que vestir al nene conforme su nueva posición social requería; pero el nene, aunque era muy bestia, resultaba chico para los trajes de Simplón.



"Ya le vestiremos como es debido", pensaba don Simplón; "me encanta este niño por lo bien que se adapta a los hábitos de la limpieza". Y pensando en ello se durmió feliz.

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO.

CAPITULO XXXVIII

El asalto peligroso

Al mismo tiempo que nuestros cuatro amigos salían a la calle a representar su farsa, un hombre, embozado hasta las cejas, llamaba en casa del carcelero. Este, que debía de estar esperándole, abrió inmediatamente y le dijo con respeto:

—Todo está en regla, inspector; pueden venir a llevarse los presos cuando quieran.

—¡Está bien!—respondió el recién llegado—. Me conviene presenciar la operación sin ser visto.

—Yo te colocaré en sitio a propósito. ¡Sígueme!

Momentos después, en una reja baja del patio, apareció una luz y asomó un semblante huesudo y tétrico, casi cubierto con un capuchón. El encapuchado clavó los ojos en la reja del Marqués de Bessières y descubrió que estaban desenchajados dos barrotes dejando hueco para el cuerpo de



dos comenzaron a correr y patear en un círculo limitado, chillando, aullando, rugiendo, chocando sus armas y disparando sus pistolas. El carcelero, que había comenzado a descender el cerrojo, volvió a correrlo más que de prisa y echar cerrojos y trancas, sin que el comandante de la fuerza pudiera convencerle de que era mucho más conveniente que los soldados se refugiaron dentro del edificio.

Los soldados, entre tanto, en plena oscuridad, sin linternas ni hachas, que el viento apagaba, se vieron sobrecogidos de pánico, pensando que había estallado el complot de que tanto se les había hablado. El comandante, haciendo de tripas corazón, los arengó y les hizo marchar hacia el puesto más próximo a pedir socorros. Los vecinos, entre tanto, se asomaban a las ventanas des-pavoridos, o salían a las puertas armados de fusiles o sables, y la confusión se iba haciendo ca-

un hombre. Visto lo cual, desarrugó su frente y se retiró apagando la linterna. Pablo y Emilio, que acompañados de Dumont habían advertido toda la escena, se vieron sobrecogidos por un nuevo terror.

Entre estas incidencias, acababan de dar las cuatro de la madrugada. En aquel momento los cuatro hombres apostados en la calle sintieron la marcha del piquete de nacionales que venía a trasladar al Marqués de Bassières y a otros dos presos tenidos por peligrosos. Los veinte soldados que lo formaban llegaron a la puerta de la prisión, y ya el comandante llamaba con el puño de su espada, cuando, colocándose nuestros cuatro amigos a treinta pasos de ellos, gritó el hermano de Víctor con un vozarrón descomunal: "¡Abajo la revolución!" Inmediatamente, los otros comenzaron a gritar: "¡Traición! ¡A las armas! ¡Aquí están los blancos!" Y al mismo tiempo, to-

da momento más espantosa. El objeto de nuestros conspiradores se iba logrando, pues habían ganado bastante tiempo para dejar que el preso acabara su tarea. A ello les ayudaba desde dentro del edificio el encapuchado, que continuamente recomendaba al carcelero que no abriera por nada mientras hubiera jaleo en la calle, y vigilase la puerta mientras él iba a ver qué hacían los presos.

Poco después, desde la habitación de Dumont se vio que una luz avanzaba por las ventanas de la prisión hasta que se detuvo en la del marqués. Luego el encapuchado sacó por ella la cabeza y la linterna, y enfocándola hacia abajo, gritó con voz trémula: "¡Es corta la cuerda! ¡Espera! ¡No te tires!" Dicho esto, apagó la luz y desapareció.

A la luz de la linterna, Pablo, Emilio y Dumont habían visto al marqués agarrado a una cuerda que pendía de su reja, y suspendido a cuatro varas sobre el suelo del patio. Sus facciones con-



traídas indicaban cuanto sufría, sin saber si tirarse o volver a trepar. Dumont se lanzó al patio y poniéndose debajo del marqués, le dijo:

—¡No os tiréis! Está muy alto! ¡Os vais a matar!

—¡Matadme o salvadme por amor de Dios!—le replicó el preso.

Dumont corrió a su ventana a pedir a los muchachos que le arrojasen algún colchón, alguna manta, algo que amortiguase el golpe. Y cuando volvió al pie de la reja del marqués, vio en el sitio una escalerilla de mano y encaramado a ella a un hombre, que, cogiendo al preso por la cintura, lo descolgó, se lo echó auestas y lo bajó hasta dejarlo soltito en tierra.

—Estás en salvo—le dijo después—; huye, que yo te cubriré la retirada.

—Gracias, Julio—le respondió el marqués abrazándole—. ¿Con qué te pagaré?

—Pidiendo a Dios que me perdone. ¡Adiós!

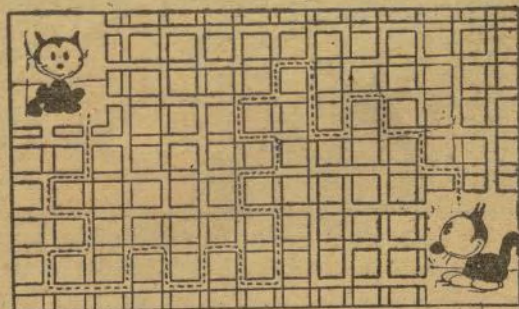
Y desapareció por una puertecilla secreta.

Entre tanto, el alboroto de fuera se había calmado. Vinieron refuerzos de dos o tres puestos, y se vio que los conjurados se habían desvanecido. Cuando por fin lograron que el carcelero les abriera, lo primero que hicieron fué amarrarlo bien y enviarlo preso. Luego subieron a las habitaciones de la prisión, donde vieron que el marqués había desaparecido. Revolvieron toda la casa, y en especial la habitación de Dumont; pero todo inútilmente. El pájaro había volado y con él el nido entero.

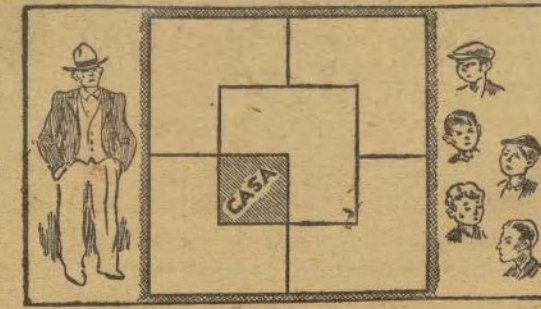
Meses después, en un palacio de Viena, una familia de emigrados recordaba y comentaba los mortales riesgos sufridos durante la revolución. Eran nuestros amigos, quienes como enseñanza de cuanto habían sufrido, repetían emocionados que la divina Providencia no les había abandonado porque habían confiado en ella. FIN

PASATIEMPOS

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



El camino señalado con puntos es el que recorrió el gatito de abajo para reunirse con su amigo.



He aquí cómo repartió el labrador el cuadro de terreno entre sus cinco hijos en proporciones exactamente iguales.

Resumen de lo publicado: Estrella, la artista ecuestre del circo Smith, se ha marchado a otra compañía, y Mercedes, la hija del dueño del circo, se ofrece a sustituirla.

COMPANEROS DE CIRCO



"Brindo por Mercedes—exclamó el señor Smith—, por sus éxitos y por su dicha". Todos levantaron sus copas y brindaron entre hurras y aclamaciones. Cuando se levantaron los manteles y se retiró la mesa se improvisaron en la pista alegres y ruidosos juegos.



El local estaba engalanado con guirnaldas y farolillos japoneses, y todo aquel pequeño mundo que del circo vivía estuvo jugando y divirtiéndose largas horas con alegría infantil. Todas las preocupaciones del señor Smith se habían disipado.



Durante las semanas siguientes Mercedes estuvo practicando continuos ejercicios, hasta que tuvo la seguridad de poder realizar sus números de acrobacia con tanta seguridad y brillantez como Estrella. Un día vió un gran cartel de su circo.



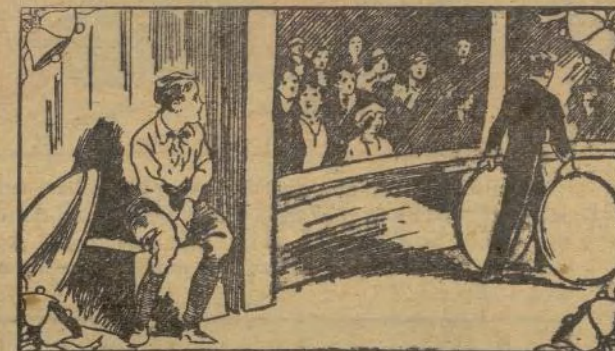
La muchacha sintió gran emoción cuando vió las graderías del circo repletas de un público expectante. "¿Será éste un comienzo de buen año para nosotros, Antonio"—preguntó a su amiguito—"Pondremos de nuestra parte cuanto podamos"—añadió.



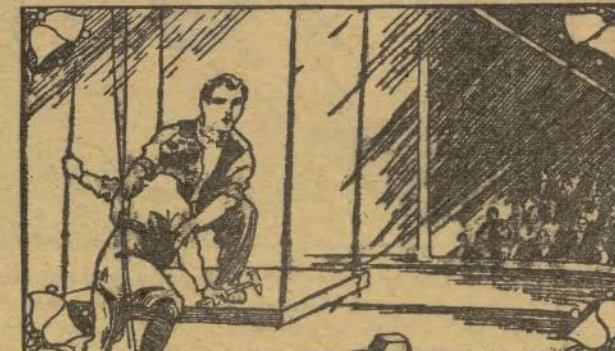
De pronto, Antonio advirtió que desde lo alto de un trapecio alguien le hacía señas con la mano. Uno de los operarios del circo que se había encaramado allí para hacer una pequeña reparación le pedía por señas que le subiera un martillo.



Allí estaba su nombre, escrito en grandes caracteres. Por la tarde ambos muchachos se dirigieron al gran entoldado. Mercedes vistió su traje de salir a escena, y, acompañada de Antonio, se situó junto a la puerta para ver entrar al público.

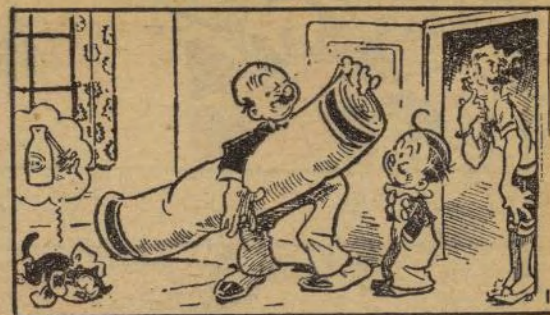


La función comenzó, y cuando le llegó el turno, Mercedes, despidiéndose de Antonio con una sonrisa, se separó de él y montó ágilmente en un magnífico caballo blanco. La joven comenzó a realizar bellas evoluciones y el público seguía anhelante su trabajo.



Antonio fué a coger en la caja de herramientas lo que se le pedía, y, dando un rodeo, trepó con el martillo hacia el trapecio donde le esperaba el operario. Este ayudó al muchacho a encaramarse en la plataforma y recogió el martillo. (Continuará.)

LA ALFOMBRA NUEVA



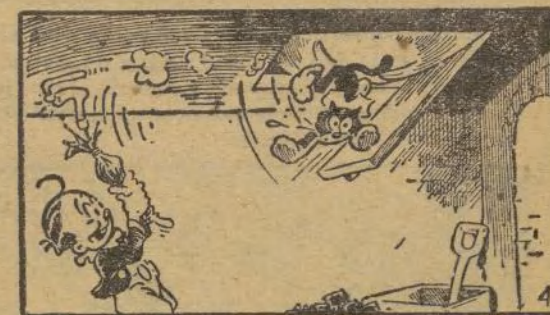
Don Bonifacio había comprado una hermosa alfombra, pues, según decía su "costilla", con ello ahorrarían calzado.



"Hasta en estos pequeños detalles soy elegante", decía don Boni, sin darse cuenta de que la gata Felisa quedaba bajo la alfombra.



"¡Dios santo! ¿Será un divieso?", exclamó don Bonifacio mientras Manolín corría con una idea en la cabeza.



Ya en el sótano abrió con un paraguas una trampa, por la que cayó la gata Felisa, regocijando a Manolín.



"Por fin 'caigo' en lo que era el bulto", dijo don Bonifacio al mismo tiempo que "se posaba suavemente" sobre la desgraciada gata.

CON UN SOLO BOFETÓN, TRIUNFÓ EN SU AVENTURA "TOM"



A Tom le perseguían de cerca dos bandidos que se habían propuesto quitarle la platita y los pantalones para jugar con ellos al ajedrez.



Pero un árbol, resentido por los balazos de los bandidos, decidió ayudar al risueño Tom, aunque aparentemente le entregaba a ellos.



Precisamente en el momento en que Tom iba a tomar tierra, llegaban los bandidos, que hasta entonces no supieron lo que es la Astronomía.

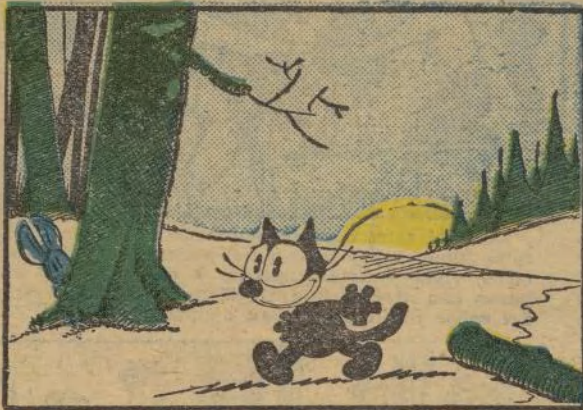


Y mientras quedaban viendo todo el sistema planetario, Tom se alejó sobre sus caballos, a los que les habían hecho gracia los "tortazos".

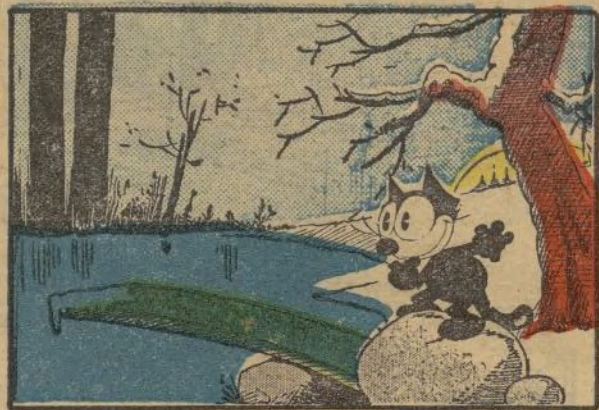
ANDANZAS DEL GATO FELIX



El bestia de Antoñito dejó al pobre Félix sin casa ni hogar, pues el gatito no se atrevía a entrar, convencido de que aquel animal de niño volvería a darle otro puntapié de campeonato en cuanto asomase el rabo por la sala.



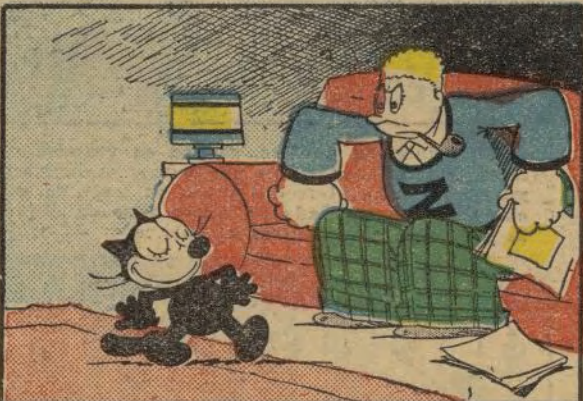
Pero Félix no se amilanaba, y pensó que era preciso darle una lección al colegial, y sobre todo demostrarle que él era más castizo que la estatua de Casorro y no le tenía miedo ni a un colegial ni a una camioneta de colegiales.



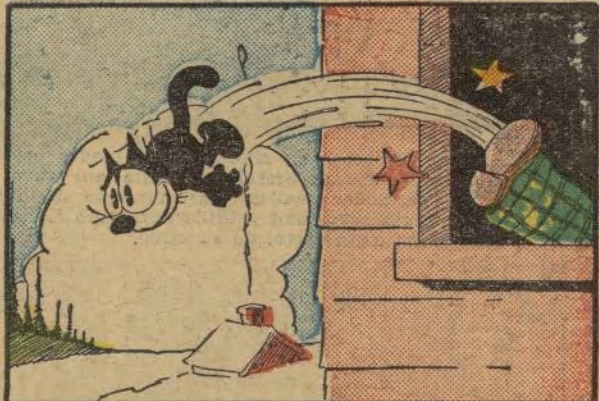
Y como sabía la fuerza impulsiva de los puntapiés de Antoñito, contó los metros de rúbrica, y como en el episodio de los gatos famélicos, puso ahora un soberbio trampolín, pero a orillita del río, por si acaso la patada era más fuerte.



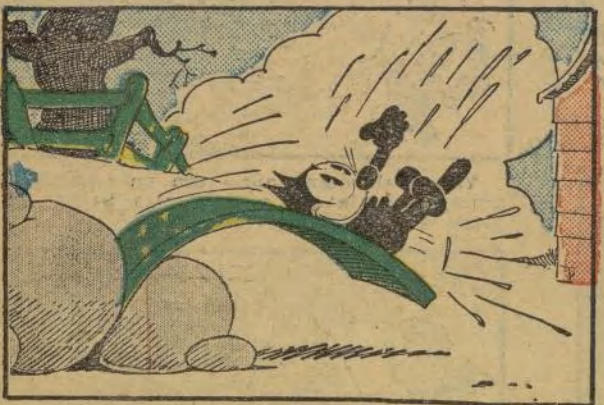
Luego pensó que a lo mejor podía caer al río y ahogarse, pues nadaba como un pez de plomo, y decidió cargar con el trampolín y ponerle al otro lado de la casa. Todo se reducía entonces a desafiar a su enemigo por el lado contrario.



Y más saleroso que un torero de pueblo haciendo el paseillo, Félix se coló en la casa y llegó hasta donde se encontraba el colegial, al que dijo con acento chulón: "Anda, ninchi, salte 'pa' los medios si eres castizo, so lipendi."



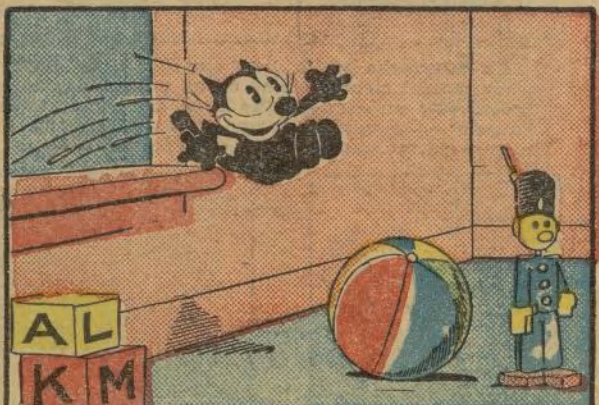
Cuando el bestia de Antoñito se oyó llamar lipendi se puso que parecía que se le iba a partir una clavícula, y todavía Félix agregó: "Venga ya, visión, no te amontones, que tienes menos fuerza que una gaseosa." El furor del colegial llegó a su colmo, y..



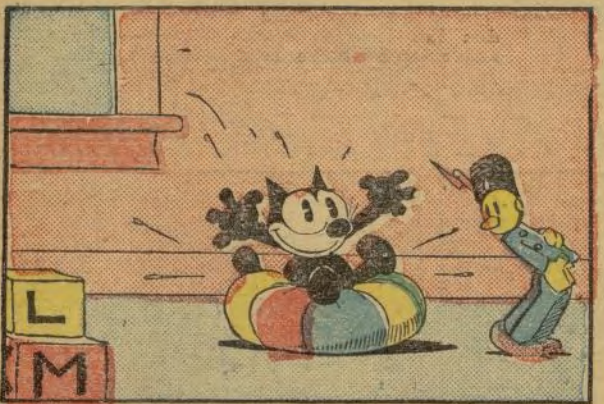
... ¡zas!, le sacudió a Félix el puntapié de campeonato que el gato inteligente ya tenía previsto, y, como había planeado, fué a caer muellemente sobre el trampolín, sin hacerse el menor daño y sin detrimento del rabeque.



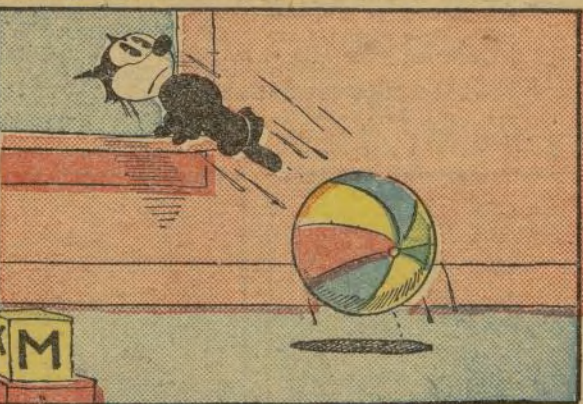
Al instante se distendió el trampolín, y el gato fué lanzado al espacio en dirección a la última ventana de la casa, que era precisamente lo que pretendía: "Viva mi cuerpo—exclamó—. Soy más inteligente que una Comisión de intelectuales."



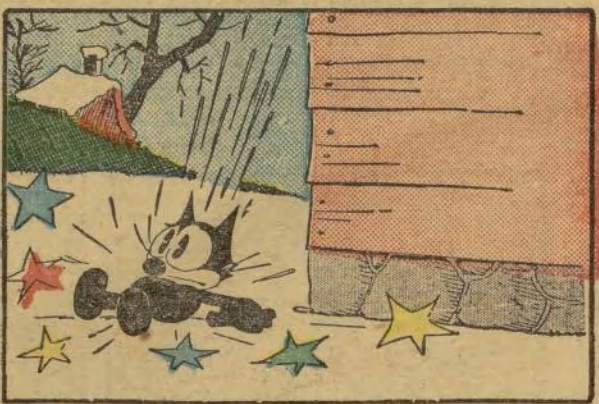
Y para colmo de suerte vió, regocijadísimo, que el morrón final iba a ser sobre una pelota de goma que amortiguara el golpe, y no pudo menos de sonreírse pensando la cara de espanto que pondría el bestia de Antoñito al verle sano y salvo.



¡Pum, catapum, pum, pum! Con la misma elegancia que una mariposa tomándose un vaso de horchata, el gatito listo cayó en la pelota sin hacerse el menor daño; más bien experimentando la agradable sensación de caer en un lecho de plumas de jilgueros.



Pero no había contado con la huésped y con la elasticidad de la pelota, y como quiera que la pelota era una pelota consciente de las leyes físicas, se contrajo como era su deber, pero se dilató al instante, despidiendo al gato.



Y esta vez Félix no tuvo ningún paracaídas que amortiguase el golpe, sino que vino a caer sobre un suelo tan duro como el alma de un avaro, y entonces comprendió que lo más indicado era abandonar aquellos parajes que tan mal "le sentaban"

(Continuará)